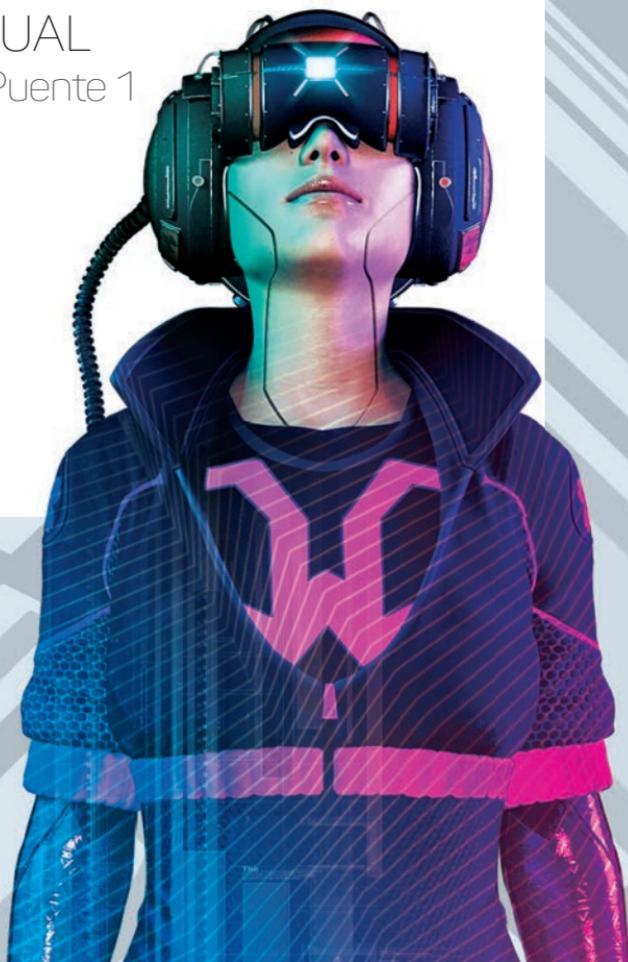


minotauro

WILLIAM GIBSON

LUZ VIRTUAL
Trilogía del Puente 1



WILLIAM GIBSON

LUZ VIRTUAL

minotauro

Luz virtual

© 1993 by William Ford Gibson
Originalmente publicado como *Virtual Light*

© Traducción: José Arconada
Revisión a cargo de David Tejera Expósito

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-0947-5
Depósito legal: B. 8.139-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

La carne luminosa de los gigantes

El mensajero apoya la frente en capas de vidrio, argón y plástico blindado. Ve un avión de combate que cruza la ciudad a media distancia, como una avispa que sale de caza, con la muerte cargada bajo el tórax en una cápsula lisa y negra.

Unos misiles han caído en un barrio del norte unas horas antes: setenta y tres muertos; la masacre aún no ha sido reivindicada. Aquí, los zigurats espejados de Lázaro Cárdenas ondean con la carne luminosa de los gigantes, desvían el aluvión de sueños de la noche hacia las avenidas que esperan: la rutina de siempre, un mundo sin fin.

El aire que sopla al otro lado de la ventana forma un halo hepático tenue en cada fuente de luz, una tintura icterica que se disuelve imperceptiblemente en una translucidez marrón. Unos copos secos y delgados de la nieve fecal que sale de las alcantarillas se han alojado en la lente de la noche.

Cierra los ojos y se concentra en el zumbido de fondo del termostato. Se imagina en Tokio, una habitación en un ala nueva del antiguo Imperial. Se ve en las calles de Chiyoda-ku, bajo los trenes suspirantes. Lámparas de papel rojo bordean una calle estrecha.

Abre los ojos.

Ciudad de México sigue ahí.

Ocho botellas vacías, miniaturas de plástico, han sido colocadas cuidadosamente a lo largo del borde de una mesa baja: vodka japonés, Come Back Salmon, de nombre más irritante que el gusto que deja en la boca.

En la pantalla que está encima de la consola lo esperan los *ptichka*, todos colocados sobre un friso color crema. Los pómulos altos y marcados de todos ellos se retuercen en el espacio detrás de los ojos del mensajero en cuanto toma el mando a distancia. Los jóvenes, que penetran sin parar por detrás, llevan guantes negros de piel. Rostros eslavos que le recuerdan los fragmentos indeseados de una infancia: la pestilencia de un canal negro, el traqueteo del hierro contra el hierro bajo un tren que se balancea, los techos altos y vetustos de un apartamento con vistas a un parque helado.

Veintiocho imágenes periféricas enmarcan la ansiosa cúpula de los rusos; vislumbra fugazmente unas figuras transportadas desde la ennegrecida bodega de un ferry asiático.

Abre otra botellita.

Los *ptichka*, cuyas cabezas se balancean como máquinas bien lubricadas, se tragan a sus novios arrogantes y egocéntricos. Los ángulos de la cámara recuerdan la pasión del cine industrial soviético.

La mirada se le desvía hacia el informe meteorológico de la NHK. Un frente de baja presión atraviesa Kansas. Junto a él, una transmisión islámica, de un sosiego inquietante, repite sin parar el nombre de Dios con una caligrafía de base fractal.

Se bebe el vodka.

Ve la televisión.

Todos los rostros llevan mascarilla; bocas y narices escondidas bajo filtros. Algunas honran el Día de los Muertos, parecidas a las mandíbulas jaspeadas de plata de las sonrientes calaveras de alfeñique. Sea cual sea la forma que adopten, los fabricantes siempre hacen la misma afirmación, dudosa e indirectamente tranquilizadora, sobre los viroides.

Se ha propuesto escapar de la monotonía, descubrir tal vez algo hermoso o de interés pasajero, pero aquí solo hay rostros enmascarados, su miedo, las luces.

Un automóvil americano y antiquísimo aparece casi arrastrándose por la esquina de la avenida Chapultepec, entre una nube de dióxido de carbono que brota por debajo de un destartado parachoques. Tiene toda la superficie cubierta por una costra polvorienta de resina color cola y espejos resquebrajados; el parabrisas, negro y lustroso, opaco como una burbuja de tinta, es lo único que queda expuesto, y le recuerda la cápsula letal de aquel avión de combate. Siente crecer el miedo, uno sin fisuras, insensible, dotado de una convicción absoluta y que rodea a ese fantasma de carnaval, el Cadillac, esa vieja reliquia a gasolina ataviada con una túnica espectral de mosaicos sucios y plateados. ¿Cómo es que se le permite arrojar tanta porquería sobre un aire ya irrespirable? ¿Quién viaja dentro, detrás del parabrisas negro?

Observa el paso del automóvil sin dejar de temblar.

—Ese coche...

Se sorprende inclinado hacia adelante, dirigiéndose compulsivamente a la nuca morena del chófer, cuyas orejas de lóbulos enormes le recuerdan un poco a las reproducciones de vasijas que aparecen en el canal de teletienda del hotel.

—El coche —dice el chófer, que no lleva mascarilla, y que al darse vuelta parece que acaba de advertir

la presencia del mensajero. El mensajero ve cómo el Cadillac espejado lanza un destello único y breve, alcanzado por el resplandor de rubí del láser de un club nocturno, y desaparece.

El chófer se le queda mirando.

Él le ordena que regrese al hotel.

Despierta de un sueño de voces metálicas bajo las estancias abovedadas de un aeropuerto europeo cualquiera; ve figuras lejanas que llevan a cabo silentes rituales de partida.

Oscuridad. El zumbido del termostato.

La textura de sábanas de algodón. El teléfono debajo de la almohada. Ruidos de tráfico ahogados por las ventanas inyectadas con gas. Han desaparecido la tensión y el pánico. Recuerda el bar. Música. Caras.

Siente un equilibrio interior, una estabilidad poco frecuente. Es la única paz que conoce.

Sí, ahí están las gafas, colocadas al lado del teléfono. Las saca del estuche y abre las patillas con un placer culpable que por alguna razón lo acompaña desde Praga.

Hace ya casi una década que la ama. No lo piensa en esos términos, pero lo cierto es que no ha comprado ningún otro programa, y la montura de plástico negro ha empezado a perder brillo. La etiqueta del casete ya está ilegible, gastada por el roce de los dedos durante la noche. Tantas habitaciones como esa.

Hace tiempo que la prefiere en silencio. Ha dejado de colocarse los auriculares amarillentos. Ha aprendido a poner su propio sonido: le susurra cosas mientras pasa en avance rápido los aburridos créditos y el paisaje montañoso, iluminado por la luna, de un lugar que

no es Hollywood ni es Río, sino una aproximación digitalizada de enfoque suave de ambos lugares.

Como siempre, ella lo espera en la casa blanca de la carretera que bordea el cañón. Las velas. El vino. El vestido de lentejuelas azabache que contrasta con la perfección mate de la blanquísima piel, lentejuelas negras, lisas y frías como el vientre de una serpiente que se le desliza sobre el muslo tenso.

Muy lejos, bajo sábanas de algodón, mueve las manos.

Más tarde, mientras se sume en un sueño de atmósfera muy distinta, el teléfono que está debajo de la almohada suena con suavidad, una sola vez.

—¿Sí?

—Confirmada su reserva a San Francisco — dice alguien, mujer o máquina. Pulsa una tecla para grabar el número del vuelo, da las buenas noches y cierra los ojos a la luz tenue que se filtra por los bordes oscuros de las cortinas.

Lo envuelven los brazos blancos de la mujer, de un rubio eterno.

Se duerme.